

DIRECTORA:
SARA CASALVA. DE QUIROS
 Apartado 1239
 OFICINA mi casa de
 habitación N° 2730
 Teléfono 3707
 BARRIO: LA California
 Av.. 1ª Calles 27_29

== REVISTA ==
COSTARRICENSE

Suscripción Mensual
 — de —
 cuatro números
 ₡ 1.00

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR
 Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
 Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

AÑO XVI || San José, C. R., Domingo 3 de Noviembre 1946 || No. 707

2 de Noviembre



PENSAMIENTOS QUE CONSUELAN...
 en este día en que con especialidad se le dedica a la memoria de nuestros seres queridos que ya se fueron...

(Sacados de los Libros Santos).

CREO, que son bienaventurados aquellos que mueren en el Señor (Apoc., XIV 13).

CREO, que es necesario que nuestro cuerpo corruptible se revista de la incorruptibilidad, que nuestro cuerpo mortal revista la inmortalidad y que la muerte sea absorbida por la victoria. (Cor., XV. 53, 54).

de nada concluye: la una en el corazón

CREO, que sólo hay dos moradas donde aquellos que aman y esperan, la otra, divina en el seno del eterno amor...

Una sola hora de resignación perfecta, en el abatimiento y en el dolor, puede elevar el alma que sufre desolada al más alto grado de perfección, es de más valor que hacer toda clase de buenas obras durante todo un año.—Tauler.

No hay que tenerles lástima a los que sufren sino aquellos que pierden el mérito de sus sufrimientos oponiéndose a la voluntad de Dios. (P. Ravignan).

Sufre hoy Alma mía... tal vez mañana tu vida estará terminada... (Sta. Catalina de Sena). Hay más fuerza en la plegaria para sobrellevar la Cruz, que debilidad en el corazón para tenerla.— (P. Alleaume).

El peso de la Cruz lo siente más aquel

que la arrastra que aquél que la abraza. (Santa Teresa de Jesús).

El camino de la Cruz es el más seguro y el más corto... Mirad el Calvario, el Cielo, el Infierno... y sufriréis con paciencia. (San Alfonso de Liguorio).

YO CREO, oh! mi Dios! q' sufriendo con paciencia, yo concluyo la Pasión de Jesucristo.—(Cols., I, 24).

YO CREO, que los que siembran sobre lágrimas, recolectan en la alegría.— (Ps. 125, 5).

CREO que nuestras tribulaciones forman en nosotros un peso eterno de gloria, si nosotros contemplamos, no lo que se ve, sino lo que no se ve; porque las cosas que nosotros vemos son pasajeras, aquellas que nosotros no vemos son eternas.— (Cor., IV, 17, 18).

Has de ser probado aún en la tierra y ejercitando en muchas cosas...

En el Cielo hallarás cuanto quisieres y cuanto pudieres dejar. Allí tu voluntad unida con la mía para siempre, no apetecerá cosa alguna contraria o propicia.

Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de tí, nadie te embarazará, nada se te opondrá, sino que todas las cosas que desees las disfrutarás juntas y llenarán y colmarán tus deseos.

Una sólo cosa debes desear, y es que, en vida o en muerte, sea Dios siempre glorificado en tí.

De la Imitación de Cristo.

Leyendo a Jacques Maritain, gran filósofo francés

Mal que les pese a muchos filósofos criollos, improvisados, que piensan que sólo ellos saben pensar y se atreven a dirigirse a las juventudes como maestros insignes a quienes no se les puede refutar ninguna de sus ideas porque sólo ellos son sabios, sólo ellos están en la verdad.

Dichosamente que los grandes pensadores envían sus sabios mensajes plenos de sabiduría para que los reciban los cerebros bien preparados, humildes, conscientes, que saben que es imprescindible dirigirse por aquellos que la sabiduría divina ilumina, y reciben esos mensajes para su alimento espiritual.

JACQUES MARITAIN, gran filósofo francés, cuyas doctrinas son admiradas no sólo de los católicos sino del mundo entero, pues se le reconoce su gran cerebro y además su vida, su moralidad, su larga existencia empleada en el estudio de libros que el pensamiento humano ha dejado y que se conservan en las grandes bibliotecas europeas, como herencia de valor incalculable, libros que dejaron hombres cuyas vidas se envejecieron en el estudio de las diferentes teorías, religiones, filosofías con las que se guiaron los grandes sabios a través de las edades.

MARITAIN reflexiona en el papel de América después de la guerra, y en extenso artículo del que tomamos lo siguiente se inquieta por el porvenir de la vieja Europa, porvenir incierto, pero el filósofo francés está lleno del optimismo y espera que la

fraternidad del Cristianismo salvará al mundo del caos en que estará después de la guerra.

“¿Es imposible dirigir estas inmensas reservas de valor, (refiérese al valor de los que mueren en la guerra) capacidad de resistir y oculto instinto de sacrificio, hacia la tarea severa y difícil de rehabilitar la fraternidad humana?”

Debiendo dar nuestra vida de todos modos será mejor darla para nuestros hermanos, en vez de salvaguardarla para la matanza. Si la vida común en la cual me hallo envuelto, se basa sobre la injusticia, deberé soportar valientemente que algún día las bestias me devoren a mí y a mis hijos. Si la vida común, en cambio, está orientada hacia la justicia, tendré por lo menos la esperanza de que al fin mis hijos sean felices y por cierto valientes. Vale más que nos agotemos en el sacrificio de lo que es bueno, a que seamos exterminados por las fuerzas del mal. Estos son los hechos concretos y llegará el día en que la conciencia común los entienda.

No se trata de pedir a todos los hombres que durante toda su vida estén dispuestos a aceptar el martirio. Los nuevos dirigentes, sí; estos hombres van a sintetizar en los pueblos del mundo moderno, una tarea análoga a la de los soldados de la Cristianidad, que redimían cautivos y defendían a viudas y huérfanos, a ellos se les puede pedir que acepten, si fuera necesario, el martirio, por el triunfo de la justicia o del amor fraterno. Pero es absurdo pedir heroísmo constante a todos. Las multitudes del pueblo común conocen el significado del trabajo duro y del valor diario; lo han conocido desde siglos. Lo que pedimos nosotros, es lo siguiente: que en una comunidad de ciudadanos en la cual la disciplina social sería indudablemente severa, este trabajo duro y este valor diario sean utilizados para mejorar y convertir en algo más digno del hombre, la vida ordinaria del pueblo, y que la at-

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería

finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas.

mósfera e inspiración de esta vida comunal, sea una inspiración de generosidad y una atmósfera de esperanza heroica.

Depende del supremo esfuerzo de la libertad humana, en esta lucha por la vida en la cual se halla envuelta, que la era en que entramos no sea la era de las masas, de las multitudes sin forma, nutridas, esclavizadas y llevadas al matadero por semidioses infames; sino más bien la era del pueblo y del hombre; de todo hombre consciente de la dignidad personal dentro de sí, constructor de un mundo más humano, y mirando hacia un ideal de fraternidad humana. Para que esto ocurra, debemos tener una mútua coordinación e interpretación del sentido de la tragedia de la vida y del sentido de la gran aventura humana. Será necesario para el espíritu europeo y para el espíritu americano, en contrarse y cooperar en común buena voluntad. No creemos que el Paraíso se alcanzará mañana. Pero la tarea que debemos cumplir, el trabajo que debemos hacer, con

tanto más valor y esperanza cuanto más incesantemente sea traicionada por la debilidad humana, y, si deseamos que la civilización sobreviva, esta tarea deberá tener su finalidad, la de un mundo de hombres libres penetrados en su secular substancia por un Cristianismo real y vital, un mundo en el cual la inspiración del Evangelio dirija la vida común del hombre hacia un humanismo heroico".

No hay nada superior al Evangelio, cuánto mejor sería la humanidad si siguiéramos estrictamente las Doctrinas de Jesús para conducirnos en la tierra y remontándonos a lo espiritual alcanzar la felicidad eterna... alimentada la humanidad con las dulces doctrinas del Salvador sería menos cruel, más fraternal, el odio no existiría, y reinaría la verdadera Paz.

Quiera Dios que las esperanzas del gran filósofo Francés se convierta en verdadera realidad.

Sara Casal Vda. de Quirós.

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

La vida moral del médico

En el orden sobrenatural en sus manos estará en algunas ocasiones la administración urgente del bautismo a un infante que peligra; otras y más frecuentemente, la invitación oportuna para recibir los últimos sacramentos dejada caer con tacto pero con firmeza, al oído del moribundo o de sus familiares.

En el orden natural, él tendrá que dedicarse a examinar sobre los problemas de la vida que empieza, con sus casi incontables implicaciones, sobre la vida que acaba, sobre el dolor que martiriza, sobre una agonía que a juicio de los deudos se prolonga demasiado. Y esos fallos, si no proceden de un entendimiento plenamente iluminado que no sólo sepa encubrir y anular sofismas sino fundamentar decisiones, si no son sostenidos por una conducta sin tacha y por una vida hecha de convicciones, serán el triste principio de una era de capitulaciones y de traiciones a la santidad de la confesión.

Pues bien, esa vida moral intensa, que debe ser compañera inseparable del médico, no se improvisa. Está hecha, como toda vida moral, de un conjunto de hábitos y los hábitos son de ley ordinaria, el resultado de un trabajo tesonero e ininterrumpido. Será éste muchas veces arduo trabajo de cincel, otras de martillo o de lima, pero nunca la máscara de quita y pon con que se puede fingir por pocos momentos lo que no es en realidad. Se engañarían rotundamente el médico o el estudiante de medicina si creyeran que con el diploma del doctorado van a recibir a guisa de investidura mágica, todo ese conjunto de cualidades que deberán ser en adelante el principio vital de su profesión. Si de la madre se ha dicho que su preparación debería empezar "nueve meses antes de su nacimiento", del médico, digno de su nombre y de su profesión habría que decir otro tanto por lo me-

nos. La valiente negativa de Desgenette a Napoleón, cuando le ordenaba deshacerse de los prisioneros al iniciar la retirada de Egipto: "Señor, mi oficio es sanar, no matar", no fué una improvisación, sino el resultado de una firmísima convicción fuertemente anclada en el alma por largas y frecuentes meditaciones, el "Nonpoumus" que opone el médico digno como la respuesta única a las lágrimas y súplicas de toda una familia que pretende evitar una infamia con otro mayor, no tiene otro origen. Ahora bien, para esta preparación remota, pero indispensable que por lo dicho debe tener todo médico y que ha de culminar en inquebrantable firmeza de ideas y de carácter, ¿dónde encuentra éste actualmente el medio apto de formación, dónde la que será para él imprescindible escuela de adiestramiento y de táctica?

La experiencia pone en nuestra pluma una respuesta muy distinta de la que conforme a razón deberíamos esperar. Fijándonos solamente en su formación y haciendo caso omiso de la lamentable perversión de costumbre, la mayoría de nuestros jóvenes bachilleres llega a la Facultad de Medicina con una positiva indigestión de conocimientos generales, sin arraigo, sin visión propia, repletos de esta manera enciclopédica y superficial que piensa por desgracia en la mayoría de los planes de estudios de nuestro Continente y que podrá servir para hablar cinco a diez minutos sobre cada materia, pero de ninguna manera para lograr el conocimiento de ella, ni menos para alcanzar la madurez intelectual que en esa etapa de la vida debería exigirse al universitario. Lleva además como pesado lastre multitud de prejuicios y errores biológicos, resultado de las continuas afirmaciones de maestros y textos sobre generación espontánea, evolu-

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

cionismo, mecanicismo, quimismo... materialismo de la vida.

¡El punto de vista religioso sobre esas cuestiones de capital importancia o no lo conoce o lo conoce solamente a través de las pretendidas refutaciones de sus adversarios! En la carrera, el mayor número de horas en los primeros años de su formación los pasará con el bisturí en la mano, cortando, disecando, hurgando en carne de cadáver en busca de tal o cual filete nervioso, del origen de un tendón o de una aponeurosis, o excitando y midiendo movimientos de músculos en los laboratorios: es decir, sumergido totalmente en la materia. Para mayor desgracia suya, el cúmulo de asignaturas que exige actualmente su profesión, ha desplazado a lugar secundario o ha suprimido del todo, como sucede entre nosotros, la asignatura de moral Médica, que debería ocupar el lugar de honor en sus estudios. El producto de esa formación materialista es el que naturalmente tendría que brotar de ella: el Médico prácticamente materialista, con todas las fatales consecuencias que esto implica, tanto en su conducta como en su criterio; la profanación habitual de la carrera más sublime entre las puramente humanas.

Para triunfar de este estado de apego a la materia, para no caer asfixiado en ese medio en que mueren los valores morales, no hay ni puede haber otro árbitro sino el conocimiento sólido de las grandes verdades morales, la práctica de las virtudes morales, en una palabra... la vida moral. Una atmósfera saturada de verdades y conocimientos superiores a las leyes físicas, químicas y biológicas; una ciencia del hombre que lo muestre tal cual es en realidad: maravilloso compuesto de alma y de cuerpo, de materia y de espíritu, sujeto de derechos y de deberes, capaz de grandes miserias físicas, pero igualmente de encumbrados vuelos morales, con un doble destino: el de la fosa para un cuerpo material que se deshace y el del Cielo para una alma que nunca muere.

Estos principios y estas convicciones podrán ser poderosa palanca de acción y guar-

dar su eficacia aún en las más críticas circunstancias de la vida, solamente en el caso en que se apoyen como en roca incommovible en la autoridad de Dios, en la Religión. Todo lo que fuera de ella se diga o se piense, **Moral Laica, Imperativo Categórico, Bien Parecer, Prejuicios o Exigencias Sociales**, son palabras vanas que no cubren ni han cubierto jamás ninguna realidad estable.

Sólo la Iglesia Católica tiene el secreto de ser santa y de hacer santos a los que viven de su doctrina y de sus prácticas; sólo ella ha podido bajar vivificando el corazón de los suyos, hasta la podredumbre de los anfiteatros de disección y poner en boca de uno de sus hijos, el célebre Dr. Mascagni, frases como ésta que revelan la fuerza de su influjo elevador: "¡Oh si yo pudiera amar a Dios como le conozco en sus obras!"

Por eso justamente, por la necesidad sentida de una vida moral intensa, médicos y estudiantes de Medicina, en diversas naciones y en diversas épocas se han agrupado en sociedades, uniones, corporaciones como la de San Lucas y Laenec en Francia, la Unión Médico Biológica en Italia, el Centro 'Bios' entre nosotros, para no citar sino unas cuantas, en las que se procura estrechar cada día más en la persona del profesionista o del estudiante los lazos de la ciencia y de la Religión. Por centenares se cuentan los médicos que han salido de esas asociaciones, llevando en triunfo por todas partes, la verdadera dignidad de su profesión.

La plenitud de la vida moral es la cari-

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de **DON NARCISO**

dad, el apostolado. Esta en el médico profundamente cristiano, se llama caridad profesional. Revestido de ella le sublima de tal manera que almas grandes nacidas para buscar grandes horizontes, han elegido precisamente esta profesión porque han comprendido que ella era una de las que más bien pueden hacer en la tierra. La caridad cristiana encontró en el médico su mejor y más prestigiado auxiliar y gracias a ella pudo ver el mundo por primera vez en los fastos de la historia un peso enorme de ciencia y un peso enorme de compasión inclinados ante el miserable lecho de un pobrecito que agoniza; una mano bondadosa que se extiende discretamente, no para reclamar honorarios, sino para dejar caer el billete o la moneda que pagarán el importe de la receta en la botica. Cuando estos médicos abandonan el tugurio del pobre, un Te-Deum de bendiciones estalla entre lágrimas de reconocimiento y de felicidad, su nombre se pronuncia con respeto y con amor, su profesión pierde la rigidez o el terror con que se le veía en tiempos pasados y se transforma en el sublime ministerio que

derrama al mismo salud en el cuerpo y dicha en el alma. La recompensa de estos médicos no se paga con monedas de plata, ni con cheques de Banco: es mucho más grande y trascendental, es corona en el Cielo y bendiciones en la Tierra. Y al fin de sus días, sobre la loza de su sepulcro a guisa de epitafio, el sublime panegírico que del más grande bienhechor de la Humanidad, Nuestro Señor Jesucristo, consigna el santo Evangelio: pertransiit benefaciendo, pasó por la Tierra haciendo el bien.

La vida moral del médico, no es asunto estrictamente personal. Interesa a las familias, a la sociedad entera y muy especialmente a la Iglesia. El podrá ser inapreciable colaobrador o por el contrario enemigo más o menos emboscado.

Por eso S. S. propone esta intención a las oraciones de todos los socios del Apostolado. Roguemos por nuestros médicos como Cristo por San Pedro, ut non deficiat fide, para que no pierdan su fe; roguemos para que ésta se afiance cada día más en su alma; roguemos para que crezca entre nosotros el número de médicos apóstoles.

¿Somos libres o no?

Somos libres.—Claro que somos libres. Eso lo dicta la fe, eso lo dicta la razón, eso está en la conciencia de todos los hombres, eso está escrito en la historia de la humanidad. Si no hubiese libertad, sería preciso revolver todas las instituciones humanas, y cambiar de raíz todos los procedimientos sociales.

Qué es libertad.—Libertad es la facultad que tiene el hombre de elegir una cosa entre varias, o de no elegir ninguna. El hombre, aún pudiendo hacer esto o aquello, puede elegir con pleno dominio aquello o esto, o ninguna de las dos cosas. Puedo amar a mis padres; también puedo no amarlos. Puedo robar o dar limosna, o no hacer ni lo uno ni lo otro.

Puedo ir a misa o no ir, o irme a otra parte. Y esto sabiendo lo que hago y con pleno dominio de mi acto. Puedo ser socialista, o no serlo; ser católico o incrédulo; alabar a Dios o blasfemar contra El; hacer un favor o asesinar un hombre; etc., etc. Y esto con plena deliberación, y porque quiero, sin que nadie me fuerce, sabiendo lo que hago y con pleno dominio de mi acto.

La libertad y la solicitud.—Pero algunos confunden la libertad con la solicitud; y piensan que a cada uno le es lícito lo que quiere y puede. Cada cual, dicen, es libre de abrazar la religión que quiere, de tener las ideas que quiere, de seguir los partidos que quiere, de enseñar en su cá-

NOVELA

NUEVA Y BELLISIMA NOVELA QUE COMENZO A PUBLICARSE EN EL NUMERO ANTERIOR

wing, que era entonces un muchacho de dieciocho años, serio, juicioso, muy dado al estudio. La última vez que fuí había muerto ya su padre y el joven llevaba, con dignidad y distinción verdaderamente señoriles, su nuevo título de marqués de Stevart, uno de los más respetados entre la aristocracia inglesa. Estaría satisfecho en verdad si su título egregio de las Ollariaga fuese a parar a tan buenas manos.

—¿Y los pobres, los pobres de sus dominios, encontrarán en él un padre como el que han perdido?— preguntó con ansia el sacerdote.

Detúvose un momento don Roque antes de contestar:

—No sé si, como el difunto Duque, descenderá hasta llevar con sus propias manos los socorros añadiéndoles alguna palabra de consuelo. No lo sé porque parece frío y orgulloso; pero lo que sí le puedo asegurar a usted es que su generosidad de gran señor no escatimará las limosnas que usted tenga a bien solicitar para sus pobres feligreses.

—Así sea.

Sonó la oración. Las campanas anunciaban la llegada del domingo. El sol, el viento, los perfumes, entraban a raudales por las abiertas ventanas inundando el amplio aposento impregnado aún de la presencia del muerto.

Don Roque, apenadísimo, pensó en la pesadumbre de doña Sol cuando tuviese que abandonar aquellas amadas estancias, aquellos muebles, aquellas paredes acogedoras... Y el ver el sol triunfante y victorioso vistiendo de gala los rosales del jardín, al ver la plétora de fuerza y de ventura que todo, en torno suyo, respiraba, sin dolerse de la tristeza de aquella pobrecita doña Sol, don Roque, indignado, tachó de insolentes al cielo y a la tierra.

¡Pobrecita doña Sol!

III

Soledad salió del castillo sin volver la vista atrás. Fuerte, decidida a aceptar su destino con la mansedumbre, fué dejando aquellas estancias queridas. Había dicho adiós a todas las cosas que dejaba allí y al trasponer el umbral de las macizas puertas de herradura, le pareció... ¿Sería ilusión?, que todos aquellos objetos que abandonaba para siempre tenían fisonomía de apesadumbrados. Todo lo veía agitado por dolor intenso... El alma de aquellas cosas despertaba de su letargo, perdía su rigidez e inmóvil para dar el adiós a las manos de hada que las cuidaron amorosamente, al rostro sereno que las acariciara con tan dulces y complacientes miradas.

Atravesando a pie el inmenso parque llegó, después de caminar entre arboladas mucho tiempo, a la casita que en sus confines habitaba don Roque; una vivienda, independiente, dentro de los muros que circundaban la hermosa heredad, pero suficientemente alejada del castillo de Ollariaga. La fachada posterior se alzaba junto a la carretera de Madrid a Francia sobre la cual se abrían también las puertas principales del parque. Al otro lado de la carretera y a una distancia de un cuarto de hora escaso, se agrupaban las casas de un pueblo grande junto a la torre de una vieja iglesia. La torre de oro viejo se destacaba sobre el azul y casi en las cornisas de su remate habían hecho su nidal las cigüeñas. Exceptuando el parque y un pinar sin fin, no se descubría otro paisaje allende el pueblo que la inmensa llanura, sin una ondulación, sin una quiebra, recamada por el verdor esmeralda del trival y los espléndidos abanicos de las vides llenas de encanto voluptuoso. Entre el esplendor de todos los colores sobresalían las amapolas con sus cálices de púrpura y coral...

La acompañaba Juan, el ayuda de cámara del difunto Duque, y les seguía un mozo jardinero llevando en una carretilla varios baúles y envoltorios. Nada quiso llevarse de las mil preciosidades artísticas que adornaban su elegante cuarto. Únicamente el retrato de su padrino encerrado en antiguo y riquísimo marco de plata que el Duque le ofrendara como regalo el día que salió del colegio.

Hollandando la fina arena del paseo central que atravesaba el parque iban surgiendo en su memoria tiernas nostalgias del internado. Oía aún la voz pastosa de la Superiora dándole unos últimos y discretos consejos; el adiós, entre alborozado y triste, de las compañeras, su despedida a la Virgen en la hermosa capilla, el momento de trasponer la verja del huerto cogida del brazo de aquel gran señor que la llamaba hija con intensísimo apasionamiento. La subida al elegantísimo automóvil, la transitoria instalación en el palacio del barrio de Salamanca, aquel viaje después a París en busca de los buenos modistos y de vestimentas maravillosas tejidas por manos de hadas. Y todo esto envuelto en el aroma embriagador del cariño constante, mirándola siempre la dulce mirada paternal del duque de Olarriaga, feliz con aquel afecto suave y puro que llenaba por completo los anhelos de su corazón. Le parecía, al contraste de estos recuerdos lisonjeros, una odiosa mentira, un mal sueño, la negra desventura del presente. ¿Era ella, ella misma, aquella Soledad idolatrada por el nobilísimo Duque, la que salía del castillo avergonzada de considerarse en él como una intrusa? ¿Era ella quien iba a cobijarse en el hogar de don Roque mientras sus amigos la ayudaban a encontrar una aceptable colocación?

Su orgullo había padecido mucho al tener que aceptar aquella generosa hospitalidad del administrador. Sí. La pobre doña Sol era orgullosa. Este defecto se revelaba con extraña intensidad en la mísera huérfana. No había que negar que la Providencia se enseñaba con ella cruelmente lanzándola al palenque de la lucha sola, mal preparada, pobre, y lo que era mucho peor: sin un nombre siquiera. Doña Sol no podía decir quién era, ni cómo se llamaba, ni de dónde venía. ¡Oh, desventura!

Manuela había querido seguir en su destierro, pero la valerosa doña Sol se opuso tenazmente; primero porque la mortificaba la idea de gravar con otra carga la hospitalidad de don Roque y luego porque entendía que ningún dependiente de la casa Olarriaga debía desertar de su puesto, hasta que el heredero, fuese quien fuese, se hiciera cargo de su patrimonio.

Cerca ya de la casa, don Roque y doña Margarita, excelente señora víctima de una crónica dolencia del corazón, salían a esperarla.

—Puedes retirarte, Juan, y muchas gracias —dijo la joven volviéndose al ayuda de cámara cuando hubo saludado a sus amigos.

—Con permiso de la señorita, ¿podré venir a informarme de su salud de vez en cuando? —imploró el criado, un antiguo criado que, como don Roque, había sido testigo del apasionado amor que el señor Olarriaga tuvo siempre por su ahijada.

Una vislumbre de emoción asomó a los oscuros ojos. Agitando un poco los párpados de seda y alargando a Juan su mano de gran dama, contestó:

—Sí, Juan; yo te agradeceré que no me olvides y te recibiré como a un viejo amigo. Di a Manuela lo mismo y perdonadme..., sí, perdonadme las exigencias con que alguna vez os habré molestado. Hoy comprendo que no tenía ningún derecho..., que era en aquella casa una intrusa recogida por caridad...

—¡Señorita Sol! —protestó el doméstico.

—Sí, querido Juan. Yo creí ser alguien y ya ves: me encuentro ahora con que no soy nada.

Juan besó la mano de Sol hecha con pétalos de lirios y se fué más aturdida de lo que aparentaba. Mientras cruzaba rápidamente las espesuras de los árboles centenarios íbase repitiendo con angustia aquel mismo estribillo que era como un incesante martillo en muchas personas desde que muriera el señor Olarriaga:

—No puede ser. ¡Quo no puede ser! Ese hombre no ha muerto sin hacer testamento, máxime después de una enfermedad crónica durante la cual ha sabido él darse cuenta de que se moría. Conforme ha pedido al cura, ¿no hubiese pedido al notario? Es prueba que no lo necesitaba; que tenía todas sus cosas dispuestas. Además, a mí, que conocía muy bien

la generosidad del señor Duque, no me puede caber en la cabeza que nos haya dejado a todos, a todos..., al administrador, al mayordamo, a la señorita Sol y a su misma ama, a merced de un sobrino que podrá ser un excelente sujeto pero que será muy fácil no se cupe de otra cosa que de recoger la herencia, de despojar al castillo de todas las riquezas que encierra largándose otra vez con viento fresco hacia Inglaterra, diciendo: "Ahí queda eso". No puede ser. Y el caso es que se ha registrado el castillo minuciosamente. Ni un mueble, ni un rincón, ni un escondrijo... Todo, todo lo han mirado y... nada. Ni señal de testamento. No, no puede ser. Yo voy a perder el juicio.

En tanto el ayuda de cámara se hacía estas y otros semejantes reflexiones, doña Margarita, en el colmo de su satisfacción de ver a Soledad en su casa, preparaba el té sobre una linda mesita de taracea. Don Roque y su mujer se hacían cuenta de que tenían una hija. Al fin ése había sido el anhelo de toda su vida.

—Tú te vienes a mi casa — habíale dicho el administrador a Soledad — y una vez allí, cuando ya estés repuesta y descansada, entonces se hablará de tu colocación, que no es puñalada de pícaro. Ni te voy a dejar yo que te vayas por ese mundo así porque así.

—Y entre tanto — objetó la joven con los ojos llenos de lágrimas — tendrán ustedes que soportar la carga de una extraña que se introduce repentinamente en su casita.

—¡Mira tú qué lástima! ¡Como no tenemos tantos hijos que nos han de heredar! ¡Y como tú vas a hacer tanto gasto! Te irás a creer que nos arruinas, ¿no? Si somos nosotros, hija, si somos nosotros los que debemos darte las gracias por consentir encerrante de buen grado con dos vejesterios en aquella casita que te va a parecer una jaula.

—¡Qué dice usted, don Roque...! ¡Si aquello se me ha de antojar la antesala de la misma gloria! ¡Y al lado de doña Margarita, tan buena, tan dulce...! ¡Qué cosa más extraña don Roque...! Siempre que he pensado cómo sería madre se me ha representado su mujer de usted.

—Pues ahora vais a disfrutar la una de la otra. Ella necesita mucho quien la cuide y

quien la mime y tú vas a ser la encargada de dejar caer en su alma ese dulce bálsamo del cariño. ¡Qué sabes tú, criatura, lo que es para nosotros vernos entrar por las puertas un pájaro cantarín como tú y sentarnos en la mesa y tener enfrente esa cara bonita y oírte charlar con esas palabras de ángel semejantes a canción de regato y a murmullos de fronda! ¡Sí, contigo, con tu juventud, va a entrársenos en aquel panteón todo el sol y toda la alegría de un amanecer de mayo! ¡Digo...! Pues poco contenta que anda Margarita. Mira: te ha arreglado un cuantito como un oratorio todo blanco, y anda loca poniendo flores aquí y allá. ¿Y tú ves? Antes de entrar tú, con sólo esperarte, ya parece que se ríe la casita. ¡Y si tú supieras qué bien sabe a nuestros años ver en derredor de nosotros ese remozar de juventud! ¡Ay, chiquilla, chiquilla, que aun hablas de cargas y agradecimientos y yo no sé qué otras semejantes simplezas! ¡Pícaro doña Sol!

Sobre el alma aterida de doña Sol había caído esta cálida charla lo mismo que un rayo de Febo sobre el cáliz de una rosa y, como la corola de la flor cerrada se abre a sus caricias, el alma helada de la pobre sin consuelo habíase abierto al calor y la luz de un nuevo cariño, que al fin hija del amor es el alma y sin amor se muere porque amor es su esencia y su alimento.

—¡Don Roque de mi alma! — murmuró abrazándole con espontáneo ademán propio de su temperamento muy expresivo y afectuoso—. Yo le tuve a usted siempre por muy bueno, pero nunca creí que lo fuese tanto...

—¿Tú ves? Un descubrimiento —sonrió don Roque luchando con su emoción.

—Y muy ¿cómo decirlo? No ría usted; muy habilidoso, porque todas esas palabras buenas que me acaba de decir, con ser muy sinceras, con una sutileza de su talento.

—¿Sutileza? Para sutilezas, las tuyas. No te entiendo.

—Sí me entiende usted. Una sutileza sugerida por el cariño para vencer los escrúpulos de mi orgullo... No proteste usted. Cante, en cambio, su victoria, porque su triunfo es un hecho. Haré lo que usted quiera y... Dios se lo pague a usted y a la santa de su mujer.

Así fué decidirse Sol a aceptar un puesto en

la linda casita del administrador de Olarriaga en tierras de Castilla. Y aun le palpitaba el corazón a la doncella cuando recordaba las buenas palabras de don Roque, mientras tranquila mente tomaban el té en la galería del comedor que caía sobre la carretera, momentos después de su llegada.

El sol quería retirarse ya tras las sierras har- to de acariciar el seno de las flores. El atarde- cer era tranquilo, pacífico y sosegado. Sobre la tierra hidalga doblaban los trigales su cerviz movidos por la brisa. Las casas del lugar, ves- tidas de estameña y oro viejo, se coronaban con las trenzas de humo que echaban sin ce- sar las chimeneas. Oíanse charlas, ladrido, ras- geos de instrumentos de cuerda, coplas típicas, notas aisladas y dulcísimas de sonoros carami- llos, metálicos acentos de esquilas, rumores mu- sicales de nocturno pastoral... Todas las cosas tenían gesto feliz. Por la carretera, blanca cin- ta misteriosa que venía de lejos y parecía traer aires de fuera, flotaba como un hálito de im- presiones desconocidas que incitaban la curio- sidad. Los transeúntes, al pasar bajo la galería con sus aperos de trabajo al hombro, tenían la misma salutación monótona, invariable, la cual expresaba la misma serenidad del paisaje denotando que los hombres de aquellas tierras pensaban y sentían al unísono.

—Buenas tardes, señor don Roque y la com- pañía.

Lo mismo que el paisaje, la voz de estos hombres no tenía una vibración accidentada. Todo era llano, firme, igual... Sol se pregun- taba si no era mejor vivir así, en aquel maras- mo, en aquella inacción espiritual. ¡Dormir el sueño sin pesadillas, dejar sin remover el peso de la amargura en la copa del corazón herido!

Y sus ojos enormes, errando por la augusta llanura donde entre el infinito lago del trigal se adormecían las amapolas, bebieron toda la grandiosa calma de su quietud bien a propósi- to para espíritus contemplativos. Como Dante, la madre tierra clamaba para todos: "Paz, paz, paz".

Las campanas del pueblo tañían el Angelus y también parecían decir por todos los ámbi- tos de la campiña:

—¡Paz!

Soledad pensó que era el supremo bien que podía aspirar, porque pensar que volviese la dicha de vivir le parecía sueño, quimera... ¿Qué podía ella pedirle a la vida? ¡Sólo paz!

Sin embargo, esta paz que anhlaba y que em- pezó a adueñarse de su espíritu, debía ser sa- cudida por fuertes latigazos de emoción. Uno de ellos lo recibió en forma de carta... No era de esperar que doña Carlota Márquez, a quien Sol llamó siempre "su tía", prima del señor de Olarriaga, que tuvo para la muchacha to- das las delicadzas y ternuras que su corazón de mujer y de gran dama le inspiraron a la vista de la orfandad de la niña, se conformase con aquel estado de cosas que dejaba a Sol "a la providencia del Señor". Viuda, rica y sin hijos, su primer impulso fué el de recoger a la huér- fana. Ya envió a su administrador cuando aun se ignoraba el extraño abandono en que había de quedar la muchacha, pero después, ante la terrible evidencia, ya que ella no podía mover- se, en plena convalecencia de un gravísimo ataque gripal que había puesto en peligro su vida, con el pulso temblón y la cabeza dolori- da, escribió aquellos renglones tan llenos de cariño y de solicitud que hicieron prorrumpir a Sol en lágrimas de reconocimiento. A pesar de todo lo cual la orgullosa muchacha le dió las gracias y le manifestó su propósito de ganarse la vida con su trabajo. Era un propósito tan noble que la generala no supo decir nada en contra de él: sólo sucedió que al rogarle Sol que le buscara una colocación, le ofreció a ren- glón seguido una plaza de señorita de compa- ñía en su propia casa. Bien comprendió Sol q' aquel era un lazo que la generosidad de la con- desa de Rica le tendía a su orgullo, pero de to- das formas hubiese aceptado si los desespera- dos ruegos de doña Margarita no la detuvie- ran en Olarriaga, "siquiera hasta que pasara el primer año de luto y se calmara el sentimiento que la muerte del padrino le había produci- do". Adujo también la señora su precario esta- do de salud, muy quebrantada realmente con la entrada del verano y se enconendó a los ciudadanos y a la solicitud de Sol con tan há- biles y convincentes argumentos, que la mu-

(Continuará)

tedra lo que quiere, de defender las ideas que quiere, y así de otras cosas. Y esto es un absurdo. Y es que no distinguen entre libertad física y libertad moral.

Libertad física.—Es la facultad que tengo yo de querer hacer realmente una acción u otra distinta o ninguna; prescindiendo de si hago bien o mal, de si falto o no a alguna obligación, de si hago un acto honroso o cometo un canallada abominable.

Libertad moral.—Es la facultad que tengo de hacer una cosa u otra sin faltar a ninguna obligación, sin obrar mal, sin ofender a nadie, sin ofender a Dios, sin pecar. Yo tengo libertad física—para alabar a mi padre, o para insultarle; ¿pero tengo libertad moral para ello? Para alabarle sí; pero para insultarle no. Tengo libertad física para decir la verdad o para levantar una calumnia; ¿pero tengo libertad moral para ello? Para decir la verdad sí; pero para levantar una calumnia, no. Tengo libertad física para enseñar a mis discípulos la verdad y el error; ¿pero tengo libertad moral para ello? Para enseñar la verdad, sí; pero para enseñar el error, no. Tengo libertad física para educar bien o mal a mis alumnos; ¿pero tengo libertad moral para ello?— Para educar bien, sí; para educar mal, no. Y si insulto a mi padre, o calumnio, o enseño errores o educo mal; pecco, hago mal, hago una cosa prohibida, para lo cual no tengo libertad moral, una cosa que puedo, pero que no debo hacer, y que si hago se me puede reprender, censurar, llamar malo, y por quien tiene autoridad castigarme, si vivo en sociedad; y aunque no viva en

sociedad me lo reprenderá mi conciencia, y me castigará como merezca, Dios ¿Pues qué? no hay más que decir: ¡yo soy libre! para poder hacer lo que se quiere.?

La libertad ideal.—La libertad ideal sería la libertad de hacer todo lo que es bueno, y el no poder hacer nada malo. Así es la libertad de Dios; el cual es libre, libérrimo, libre como ningún hombre, pues no depende de nadie sino de Sí mismo. Y con todo, no es para lo malo. ¿Quién pudiera ser como El. Así será también nuestra libertad en el cielo, donde podremos hacer muchas cosas buenas, pero no podremos hacer ninguna mala. Y si quisiéramos que fuese aquí nuestra libertad: que ni siquiera pudiésemos hacer nada malo, que no pudiésemos leer, ni pensar, ni desear, ni mucho menos una cosa mala.

La libertad ideal de la sociedad.— Por donde también en la sociedad, la libertad ideal sería aquella con la que sus ciudadanos no pudiesen hacer nada malo; sino sólo bueno. Esto no es posible en la tierra; pero de todos modos cuanto más se acerque la libertad de una sociedad o de una nación a este ideal, tanto será más perfecta. Por tanto, una nación en que los ciudadanos tuviesen todos los medios posibles de hacer cualquier bien, y todos los obstáculos y trabas posibles para hacer el mal; es decir en la que hubiese el máximo de libertad para lo bueno, y el mínimo de libertad para lo malo, esa sería la mejor sociedad. Y a esto deberían encaminarse las leyes, la policía, la fuerza; a impedir el ejercicio de todo mal, y a desarrollar el ejercicio de todo bien. Si el Gobierno pudiese lograr que

FARMACIA Dr. M. FISCHER

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischer siempre encuentra lo que busca

todos hiciesen el bien y que nadie hiciese ningún mal... ¡qué bendición! ¡qué civilización! ¡qué dicha!

La libertad de los libertinos.—Mas los libertinos, los viciosos, los sensuales, los soberbios, los que vociferan ¡libertad! los que a cualquier traba que la autoridad pone al mal, gritan que se los quiere esclavizar, que se los quiere atar, esos no quieren la libertad verdadera, quieren la libertad de los libertinos, la falsa libertad, el libertinaje, que cuanto es hermosa la libertad, tanto es el abominable y bajo. Estos quieren la libertad para el mal. Como ellos son aficionados al error, a la sensualidad, a la codicia, a la revolución, a la ambición, al fraude, a la impiedad, y enemigos del bien, de la religión, de la virtud, es natural que reclamen la libertad para el mal, para el vicio, para el fraude, para el error y para todos los que le pueden ayudar a eso.

Libertades de perdición.—Y por eso, estos son los que piden libertades de perdición, todas esas libertades de hacer el mal, y de enseñarlo, porque esas libertades son las que a ellos convienen. Y así les parece que no hay libertad, si no hay libertad para enseñar el error; si no hay libertad para escribir cualquier doctrina, aunque sea disparatada; sino hay libertad para sembrar cualesquieras ideas, aunque sea revolucionarias; si no hay libertad de espec-

táculos, aunque sean licenciosos; si no hay libertad de diversiones, aunque sean corruptoras; sino hay libertad de arte aunque sea deshonesto; si no hay libertad de acción, aunque sea revolucionaria y en fin, sino hay libertad de Religión, aunque sea inmoral. Antes al contrario, lo que desean y procuran es quitar la libertad a la Religión, a la moral, a la conciencia, a la ley, a la enseñanza religiosa y recta, a la virtud, a la autoridad, a la honradez.

Los males de la excesiva libertad.—Y de esta excesiva libertad, de la libertad del mal, del libertinaje, dimanen en las sociedades innumerables calamidades y desgracias. Y por ellas nuestra sociedad padece incesantemente. Como hay libertad de enseñar, de escribir, de hablar, todo el mundo está harto de ideas torcidas, subversivas, revolucionarias; como hay libertad de asociarse para el mal, estamos rodeados de sociedades criminales y perversas; como hay libertad excesiva de divertirse y dar espectáculos a nuestra vista, a grandes y a niños los espectáculos más deseducadores; como hay libertad de Religión, revuélvense y los males pululan males y dominan los malos por todas partes. ¡Oh libertad! —decía un libertino— ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

R., S. J.

Experiencia

La experiencia del mundo no se forma tan sólo por las cosas que hemos visto, sino por el número de aquellas que nos han hecho reflexionar. ¡Cuántos hombres, después de grandes viajes y del largo curso de la vida, se han encontrado poco más allá del punto de donde partieron! —Say.

La sabiduría práctica no se aprende sino en la escuela de la experiencia. Los preceptos y las enseñanzas son buenos y bellos, pero sin la disciplina de la vida real

En la Librería López

Encontrará usted:

Los mejores libros religiosos, Científicos y preciosas novelas.

Artículos de Primera Comunión.

Casullas bellísimas y todos los Ornamentos y objetos necesarios para el Altar.

Avenida Central, frente al Gran Hotel Costa Rica.— Teléfono 3345

permanecen siempre en el estado de pura teoría.

Para las Madres

Cuando un niño revela sistemáticamente espíritu de contradicción, todo procedimiento coercitivo violento malogra la enseñanza anhelada. Debe procederse con persuasión, empeñándose a demostrarle principalmente que comete errores al adoptar esas posturas y que la comprensión se lo revelará. Un castigo súbito lo aferraría a sus ingenuos principios de rebeldía, siendo los resultados deplorables.

Este sistema suave, inflexible, disciplinado, es el único capaz de hacer que el niño diga la verdad por la verdad misma y que afirme o niegue sólo cuando para ello existe una razón poderosa.

Las criaturas cuyas travesuras y comportamiento son imposibles, que no se curan ni con reprimendas ni mediante la persuasión, no deben ofuscar para el castigo, llevando a los padres a los extremos, pues bien pueden necesitar tratamiento médico y existir una causa básica determinante de ese anómalo estado de espíritu.

Las crisis nerviosas que a veces manifiestan algunos niños, con preferencia los mimosos, no son más que una comedia hábil con la que especulan con la tolerancia paterna y la bondad innata maternal, para así triunfar en sus propósitos.

Si se está cierto de que el llanto y los gritos no obedecen a otra cosa (las madres

lo adivinan), lo mejor es refrescarles la cara con un poco de agua. Se calman en seguida.

Hay madres que en el deseo de alimentar bien a sus pequeños escogen la leche fresca de tambo. Pero ésta es la que debe manejarse con más cuidado con respecto a su rebaja con agua, para que no resulte indigesta.

El niño normal se sienta a los cuatro meses, se para a los ocho meses y al año marcha. Por causas diversas se producen retrasos en las fechas precitadas, aun sin que la salud de la criatura esté afectada, pero un retraso prolongado debe preocupar y requiere consulta médica.

Los zumos extraídos de verduras y ensaladas, crudas — dice el Dr. Vander, — no suelen gustar tanto a los niños como los de frutas, por no ser tan agradables al paladar. Pero hay que considerar a estos jugos como verdaderos complementos de la alimentación y además como medicamentos naturales.

Con objeto de que pueda tomárselos con facilidad, se les agrega azúcar o se los mezcla con leche.

Estos jugos pueden ser de tomate, espinaca, lechuga, etc., y se extraerán directamente apretado o pasando las verduras por máquina.

También se les suministra a las criatu

BETTINA DE HOLST HIJOS

le ofrecen: Artículos de Primera Comunión
Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteles y otras labores
estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

ras rociando el puré de papas o de otras harinas alimenticias.

La razón de extraer los jugos de las verduras crudas estriba en que así se aprovechan mejor las sales minerales y vitaminas que contienen. Por supuesto que hay que lavarlas previamente con toda prolijidad.

Si el pequeño presenta los ojos inflama-

dos, el borde de los párpados enrojecidos, no debe pedirse en la primera farmacia una pomada o bien utilizar una cualquiera que haya sobrado y servido para combatir una afección óptica, porque los remedios no son idénticos en todos los casos. La vista es algo tan delicado que sólo el médico debe prescribir la medicación y aconsejar, siendo pecar de imprudentes el recurrir a panaceas caseras.

Consistorios y Cardenales

Consistorios llámase las juntas, o consejos que celebra el Papa con asistencia de los Cardenales. Según la forma en que se hacen y los asistentes que están presentes se denominan Consistorios privados, semi públicos o públicos. En el Consistorio el Papa suele tratar asuntos de la mayor importancia, y también crea los Cardenales.

Los **Cardenales** son libremente escogidos y nombrados, o creados, por el Romano Pontífice entre los varones eclesiásticos más destacados por sus méritos de virtud, saber e influencia. Forman el **Colegio Cardenalicio** que viene a ser como el senado de la Iglesia Católica, y precisamente para demostrar esta catolicidad o sea universalidad son escogidos de todas partes. Cuando el Papa quiere nombrar a un Cardenal exige siempre la garantía de que tan alta dignidad será siempre respetada por todos, hasta por los Gobiernos de las respectivas Naciones.

El número de Cardenales ha variado bastante. En tiempo de Bonifacio VIII eran 20; Sixto V llevó este número a 30; Alejandro VI lo subió a 50 y León X a 65; Paulo IV añadió otros 5, y S. Pío V elevó el número a 76. Al Papa Sixto V se le debe el haber reglamentado, el día 3 de diciembre de 1586 el número de 70 Cardenales dividiéndolos en tres órdenes: 6 Cardenales Obispos; 50 Cardenales Presbíteros, y 14 Cardenales Diáconos. Los Carde-

nales tienen prácticamente jurisdicción en toda la Iglesia.

El distintivo de los Cardenales es un amplio sombrero de color rojo "el capelo cardenalicio" insignia secular que viene desde el año 1245 concedida por el Papa Inocencio IV en el Concilio de Lión. Usan además el vestido de púrpura, por confirmación del Papa Bonifacio VIII quien también les concedió el título de "Eminencia".

El último Consistorio, con nómina de Cardenales lo tuvo el Papa Pío XI el 13 de diciembre de 1937.

S. S. Pío XII, felizmente reinante, en el Mensaje de Navidad del año pasado señaló un Consistorio secreto para el 18 de febrero y otro público para el 21 en que serán creados 32 nuevos Cardenales para llenar las vacantes acaecidas desde 1937. El deseo de Su Santidad era de llegar al "plenum" de 70; mas ahora con la muerte del Eminentísimo Cardenal Pedro Boetto, S. J., Arzobispo de Génova, queda a disposición del Santo Padre un puesto, con el que no contaba, para llenarlo cuando juzgue oportuno.

A la muerte del Papa Pío XI quedaban 62 Cardenales que intervinieron en la elección de S. S. Pío XII. Ahora quedan 37. Después del Consistorio de mañana habrá Cardenales de 23 Naciones distintas para demostrar la catolicidad, o sea universalidad de la Iglesia.

CONSIGANOS SUSCRITORES

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari.

A Cargo de doña Digna Casal de Solari,
Profesora de Cocina graduada en Bruselas

Galletitas para el té

Cien gramos de harina, 100 de mantequilla y 100 de queso rallado, si es posible queso parmesano, dos cucharadas de crema de leche, la punta de un cuchillo de sal, 2 cucharaditas de azúcar, se mezcla todo muy bien, se amasa un poquito y se extiende con el bolillo en la tabla de amasar espolvoreada de harina, que quede poco más o menos de $\frac{1}{2}$ centímetro de grueso, se corta en las formas que se quieran y se colocan en cazolejas untadas de manteca y se asan en el horno caliente con calor regular; cuando están doradas se sacan del horno, se dejan enfriar y se sirven.

Postre de frutas cristalizadas

Se pone en una cacerola y en el fuego una libra de azúcar y un vaso de agua, se mueve un poco para que no se pegue el azúcar, luego no se mezcla más porque se hace azúcar, cuando empieza a hervir con mucho cuidado se espuma y cuando la miel pega un poquito en los dedos se empiezan a batir las claras a punto de nieve y para saber si está de punto se echa $\frac{1}{2}$ cucharadita de la miel en un platito que tenga agua

fría; debe formar un caramelo suave, entonces esta miel caliente se va echando poco a poco en las claras y batiendo constantemente hasta que se blanquee bien el batido, se le agrega una cucharadita de jugo de limón y se continúa batiendo hasta que esté frío, entonces se pone la cuarta parte de este dulce en un plato, al resto se le agregan: 2 onzas de pasas, 2 ciruelas sin semillas, 2 de cerezas cristalizadas, 2 de peras cristalizadas y 2 de albaricoques cristalizados, todo bien cortado en tiritas, se echa esto en una fuente de cristal, al resto del merengue se le agrega unas gotitas de carmín vegetal, se mezcla bien y se cubre con esto el postre de frutas, por encima se adorna con gusto con unas tiritas de las mismas frutas.

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTE Y ANTEOJOS
DE TODOS LOS PRECIOS
Frente al Gran Hotel Costa Rica

REVISTA N.º 705

Por equivocación de imprenta la Revista anterior salió con el número 706, correspondiéndole el número 705.

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica